

## COMPLEMENTO DE OBSERVACIONES EXPERIMENTALES SOBRE EL GALLINAZO

POR EL

P. RAFAEL HOUSSE

A más de la primera fase de su existencia y del problema del olfato, me dediqué al estudio práctico de su alimentación y carácter, durante igual duración de dos meses.

### 1.º Alimentación

*La comida.* Tres veces al día los veía cernerse sobre Lima y sus contornos, entre 200 y 700 metros: a las seis y media de la mañana, a las dos y a las cinco de la tarde, horas en que buscaban presas en numerosos vuelos.

1.º No consiste su sustento exclusivamente en carnes pútridas; les gustan por igual los animales recién muertos y sangrientos, así como me lo demostraron devorando gatos y aves degollados momentos antes. Más aún, son omnívoros: el polluelo que crié, si bien prefería trozos de carne cruda, engullía hortalizas, asados, fruta, cereales, insectos. Afirma Vilosola que buscan y sorben los huevos de aves acuáticas: el hecho es que ví dos introducirse en nuestro palomar, donde se chuparon todos los huevos de los nidos. Hemos visto también que una hembra enojada se regaló, en nuestra torre, con sus propios huevos, y otra con uno de gallina que le había dejado yo para empollar. Además, en los basurales de la ciudad dan cuenta de todos los desperdicios comestibles que encuentran.

2.º ¿Cazarán animales vivos, a imitación del cóndor? y del jote? Schombruck lo niega porfiadamente; Audubon, Humboldt, Vilosola lo afirman. No creo que lo hagan sin el impulso irresistible del hambre: la prueba es que varios se posan diariamente sobre los árboles de nuestro criadero de aves, donde abundan los indefensos pollos, aún bajan a él para aprovechar las sobras de los perros, y sin embargo nunca atacaron las piaras de pollitos, nunca se ha notado la desaparición de uno solo de éstos. Por otra parte, presencié este episodio al contemplar en la azotea vecina un gato mediano que parecía dormir: un gallinazo se fué acercando con gran cautela, alas semiabiertas, cuello estirado y listo para acometerlo, lo cual no evitó el felino sino trepando veloz a la próxima ventana.

¿Lo tomaría el ave por un cadáver? Imposible, la misma postura del animal y los latidos del corazón, hinchando las ijadas, revelaban vida, y no pudo el ave equivocarse tanto. Era, pues, a la presa viva a la cual iba en son de guerra y almuerzo.

3.º Quise averiguar si cantaba verdad el refrán peruano: «gallinazo no come gallinazo». Maté uno; lo dejé, abierto el vientre, sobre la azotea, por la mañana, hora del hambre general. Quince minutos después, llegaba un primer urubú a examinarlo desde una muralla vecina, aunque visiblemente asustado; poco a poco, se fué acercando con gran recelo hasta situarse junto al cadáver. En esto, aparecieron dos más; entonces la voracidad venció al temor, y entre los tres se comieron, en unos segundos, todo el interior de su hermano muerto. Por desgracia, un estrépito en el patio los espantó, y se fugaron. Permaneció la víctima cinco días más expuesta en el mismo sitio, pero sin que atrajera ya a ninguno de los vivos. Dedúcese de ahí que el gallinazo no repugna cebarse en sus congéneres fallecidos; si no lo hace siempre, no es por delicadeza de sentimientos, sino por miedo a alguna trampa y a la triste suerte del difunto.

4.º No se interesa por carroñas agusanadas. Repetidas veces esperé que gatos y gallinas se llenaran de larvas antes de colocarlos en el comedero habitual del techo, y en ningún caso vinieron gallinazos a probarlos, aunque no pocos se posaban en las inmediaciones y los divisaban.

*La voracidad.*- 1.º Como los demás vultúridos comen hasta casi reventarse el buche; pero al revés del cóndor, aunque llenos logran siempre emprender el vuelo si algún riesgo corren; de no, descansan y digieren en el mismo lugar de su franquachela. Sólo vuelan entonces trabajosamente.

2.º Al banquetear muchos en una presa considerable, el furor de embutir más que los compañeros les quita todo recelo y prudencia. Mientras despedazaban un gato, me acerqué a ellos hasta una distancia de tres metros antes de que resolvieran retirarse a una pared inmediata. Cuatro aún sólo se apartaron cosa de una vara, y el más atrevido vino a picotear el animal yacente a mis pies. En la actitud de todos se pintaba la rabia de ver interrumpida su tragantona. A palos hubiera podido matar media docena.

3.º Comprobé la veracidad de Schomburk al contar que los indios de la Guayana y Brasil cazaban urubúes con anzuelo. Tres veces puse uno, con carne, en el piso de la azotea, y otras tantas lo limpiaron, pero sin tragárselo. Entonces, lo colgué del emparrado, encima de una ave muerta. Como el arponcillo oscilaba en el aire, tuvo un gallinazo que engullirlo para lograr el cebo, y quedó en efecto enganchado. Pero, forcejeó

tan violentamente que rompió el cordel, y se fué, con el anzuelo en el buche, antes de que llegara yo. Repetí la prueba, pero ya ninguno cayó en el garlito.

4.º El que maté acababa de ingerir menudillos de gallinas. Pesé lo absorbido por él, y alcanzaba casi a dos libras. Otro devoró, solo, la carnaza contenida en un tarro de conservas, de los altos y redondos para salmón o fruta. Y como engullen tres veces al día, júzguese el consumo total!

5.º A pesar de su voracidad, no imitan a las águilas ni a los nocturnos que ingurgitan la piel y huesitos de sus presas. Nunca en Lima aprovecharon la de los gatos y aves por delgadas y blandas que fuesen, ni los huesos por menudos que salieran. Sólo requiere su buche alimentos tiernos sin elementos extraños. El pico es bastante robusto, pues rompieron el cráneo de los gatos para sorber los sesos.

6.º Cuenta Humboldt que vió gallinazos remontarse llevando en el pico cocodrilitos; hecho que niegan otros naturalistas como impropios de vultúridos que nada acarrean sino en el buche. Sin embargo, en mis observaciones, ví también uno que se voló llevándose así un intestino de gato, largo de dos metros, el que se fué a zampar bastante lejos.

7.º Según el señor Wied-Neuwied, cualquier disparo atrae a los urubúes que, comprendiendo que hízose una muerte, acuden en demanda de la presa. Incrédulo, hice la prueba. Dos veces, ya oculto bajo un frondoso árbol, ya invisible en un desván, con pólvora sin humo, y sin ningún gallinazo en los alrededores, disparé una escopeta. Pues, no pasó un minuto cuando ya una docena de esos merodeadores se cernían a poca altura sobre el convento y propiedad, explorándolo todo.

8.º Empezada la digestión suelen tragar agua para facilitarla. Varios comedores de mis presas bajaron así a refrescarse en la acequia del patio. El que crié lo hacía con regularidad y método.

9.º Pelean furiosamente entre sí por un bocado; pero los ví retirarse, en el Perú, ante un cóndor cuyos aletazos temen, y en Chile ante los traros, cuyas picotadas los hieren. El mismo tiuque, con sus gritos y sus acometidas con pico y garras les obliga a veces a vomitar y aprovecha a su vez lo desembuchado.

10. Para descubrir presas, se valen de exploradores. Mientras unos se ciernen alto, los demás, posados en techos, árboles, cerros, los están observando; y no bien se abate uno en un vuelo especial, todos se elevan a su vez para descubrir el sitio del festín. Esto es lo que explica, sin la menor intervención del olfato, su pronta y numerosa reunión en un mismo punto donde yace algún cadáver.

## 2.º Carácter

1.º *Recelo*.—Aunque familiarizados, en Lima, con el espectáculo de la gente, no descienden a comer sino después de un prolijo vuelo de investigación. Mientras se estuviera alguien en nuestra azotea, cuadrada como el patio interior de un largo de 40 metros, no bajaban a las presas; aún entonces no iban en derecha a ellas, sino después de tres paradas progresivas de examen; y tras cada bocado, daban circulares miradas de inspección. Siempre que mis animales muertos no estaban expuestos a toda vista, sino algo encubiertos, sospechaban lazo y no los tocaban. Para cazarles a ellos en la misma trampa de los gatos, les coloqué varias veces una espaldilla cerca de la puerta del cajón, y lo restante del animal en el interior; pues se tragaban el trozo de afuera, daban cien vueltas en torno del armadijo, pero ninguno se dejó tentar hasta meterse adentro.

2.º *Domesticidad*.— Parece que, cogidos de adultos, con dificultad se amansan. A los dos que entraron en el palomar a comerse los huevos, se les recortó las alas. Presos y alimentados en el patio, quedaron más de un mes indómitos, hasta que se les creció un poco las remigias, y se escaparon salvando a fuerza de aleteos, una pared de tres metros de altura. De polluelos, se domestican perfectamente y sin trabajo. Los dos que se criaron en 1930 y 1931 apetecían caricias, las daban a su modo, con ligero aleteo y mansas picotadas. Nos seguían cual perritos fieles; se introducían en la cocina y departamentos, donde jugueteaban con papeles y piezas de vestir; y uno aún se metía en la cama, bajo los cobertores, cabeza afuera, como gente. Capaces de volar, se reunían a sus congéneres en el espacio; pero al divisar a uno de nosotros en el patio, luego bajaban en rápido descenso a hacerle fiesta, recibían cariños y pedir una golosina; después de lo cual se remontaban felices. Pero, como extremara uno sus familiaridades, se le dió una paliza, y como no fuera de su gusto la corrección, no volvió más.

3.º *Longevidad*.—Indagué con empeño datos sobre ella. Por cuantos he recogido consta que las mismas parejas han frecuentado los mismos sitios durante 23 y 25 años, límite probable de su vida.

LOS ANGELES, 26 de Julio de 1932.

